

327 Cuadernos.

Andrés Di Tella / Ricardo Piglia // Emilio Renzi¹

619



Diego Alejandro Molina

Universidade de São Paulo

Nadie puede decir nada sobre sí mismo, pero sobre otro es posible, quizá, como quien dice, desatar el nudo que ata el sentido. Pero, sobre todo, ¿cuál es el presente de un diario? El collage, la cita apócrifa, la duplicidad, el prestar la voz; recoger los retazos de una historia hecha de voces que se fijan o se apagan.

327 Cuadernos, documental, género de frontera, preciosa y laboriosa forma de urdir posibilidades, trabaja con la duplicidad permanentemente. Cuando alguno de los ejes —el histórico (imágenes

¹ *327 cuadernos*. Dirección de Andrés di Tella sobre los diarios de Ricardo Piglia. Producción de Gema Films y Lupe Films. Co-producción Argentina-Chile. Documental, 76 min., 2015.

de archivo); el literario (Piglia leyendo sus diarios); el íntimo (amigos), el anónimo (imágenes de archivos *ajenos*) o el *presente* (Piglia caminando, a la sombra, en el oscuro, en alguna caverna, Di Tella restituyendo la voz del *otro*)— comienza a predominar, algo como una campana inicia el movimiento, el destierro de lo que quiere aprehenderse y, entonces, nos movemos hacia otro día, hacia otra imagen, otra voz: ¿es un tren partiendo o el ring que anuncia el fin o el comienzo de un round?

Los apretados pares dicotómicos dialectizados. Vida y obra. Literatura e Historia. El diálogo posible documentado. Un narrador — que según la fórmula del Meier de *Respiración artificial* es aquel que sabe— dividido ¿Quién cuenta qué? Por momentos, en la ausencia de Piglia, en los intersticios en que la voz prestada reestablece la lectura de un registro minucioso hecho de olvidos y memoria involuntaria (que a veces se vuelve inconsciente y freudiana), surge Renzi, *alter ego*, vida posible, *corpus* robusto al que se debe animar. Las ánimas y el ánimo, manos incansables urdiendo las tramas. La literatura como el lugar donde *siempre es otro el que habla*.

Y los marcos históricos: el golpe del 55, la muerte del Che, la vuelta de Perón. Hay un trabajo con la luz que, microscópicamente, emula el concepto de Piglia de lectura (*El último lector*). Leer es arrojar luz sobre algunas cosas y dejar otras en la sombra. Leer difuso (salteado, diría Macedonio Fernández). Di Tella *lee* los diarios y hace visibles los claroscuros: luces contornando la opacidad, el humo de una pava destapada, el agua disipándose de la mirada, en el movimiento de partida de un tren. Metáforas de una memoria evanescente, del recuerdo errático.

Di Tella deja que el grito de la marcha peronista, también, sea interrumpido por un silencio en el que los gestos continúan significando. *El diario de la lectura de un diario*. Re-presentar ¿Quién está en el revés de la trama? Los amigos, las lecturas, las confesiones, la Adrogué imaginada y la Adrogué del tío Horacio, la traición del recuerdo, las listas de boxeadores, Mar del Plata, una prima desnuda y sonriente, los chistes metafísicos de Macedonio.

En medio del paseo por los mismos lugares por los que, años

atrás, durante el menemato, época de rigurosa demolición de la memoria colectiva, Piglia pisara los pasos, tal vez dados, de Macedonio en otro documental, en una Buenos Aires hecha de insomnio y ruido, de furia, que se torna, a lo lejos, en el camino del exilio, del destierro (condición de la escritura), *la mansedumbre idiota de la llanura*, Di Tella busca las anclas reales de toda la ficción de Piglia. Es un acto que, a partir del deterioro, del avance implacable de la enfermedad muda, de la usura del tiempo —que Piglia se toma con irónica resignación— tiene un doble sentido. Nuevamente la duplicidad. Las dos partes del documental, numeradas. Dos momentos, dos rounds, dos narradores. Con el quiebre de la voz. La primera parte: Piglia leyendo. La segunda, la voz de Di Tella asumiendo la narración. *Narrador: el que sabe*.

621

Me viene a la memoria, en una compleja aglutinación de sentido, un relato de Juan José Saer, que a lo largo de la película me hablaba desde la selva espesa de lo real. Se trata de “Al abrigo”, si la memoria no me juega una de sus trampas, publicado en *La mayor*. Es la historia de un comerciante de muebles que compra un sillón y en el hueco del respaldo encuentra un diario íntimo de una mujer a la que no conoce. En algún momento, después de leer el diario, le da la sensación de que conoce mejor que nadie a esa persona. Pero luego, con espanto, el comerciante entiende que él también guarda secretos, cosas al abrigo del mundo. Piglia dice que no reconoce, no recuerda muchas de las cosas que están escritas allí, otras no les gusta (*no me gusta nada de lo que leo*). Sin embargo, hay otras imágenes que están gravadas y grabadas en su memoria y que no figuran en el diario. Todo el mundo es un otro latente, secreto, irredento.

Las marcas de la memoria. Hay un diálogo de Platón, el *Teeteto*, en el que Sócrates utiliza la metáfora de los bloques de cera (*tupos*) para conjeturar que las cosas y las sensaciones experimentadas por el hombre quedan “impresas” en el alma y que en el momento de recordar, traemos al presente la imagen (*eidolon*), pero de forma limitada, pues hay trazos que no quedaron impresos o que fueron borrados, o están imperfectos, esto es, el problema del olvido (*epilelesthai*). Ese problema, el de traer al presente la presencia de una ausencia es, en última instancia, el problema central de la duración en el tiempo del hombre y de toda y cualquier memoria. La pregunta es: ¿cuánto de esa imagen es recuerdo y cuánto imaginación? Imagen e idea son

sinónimos. La historia y la literatura. Piglia y Renzi. *Te voy a contar un secreto... una confesión*. Publicar los diarios personales como si fueran de Renzi. Confesión publicada; aquí, deíctico un poco evasivo y carente de presente, está la prueba del *secreto público*, veo la edición de *Los Diarios de Renzi* de Ricardo Piglia. Pero, ¿cuánto de Renzi es de Piglia? O mejor, la pregunta necesaria: ¿cuánto de Piglia es de Renzi?

Los 327 cuadernos, con sus listas, sus fotos, sus impresiones ¿qué son sino pruebas de vidas posibles? Por ejemplo, el *Diario* de Kafka que Piglia glosa en *El último lector*, ¿no es acaso otro Kafka? Kafka y Hitler en los bares bohemios de Praga en la década de 1910, el pintor frustrado y el escritor tímido. Claro que sí. Creo que, ya sea en Argentina o en el desgarrado llamado América Latina, deberemos preguntarnos siempre: ¿Quién reescribirá el *Facundo* cuando sea menester?

622

Hacia el final del documental, Di Tella observa el milagro. No es Kafka pidiéndole a Max Brod que quemara su obra (¿quién le pide a otro que quemé algo que no quiere publicar?). No. Es Piglia quemando sus diarios. O mejor, he aquí el milagro, es la sonrisa de Renzi viendo cómo arde el registro de Piglia.

Un documental bellissimo. Como el crujir de las hojas secas o el viento balanceando los árboles, como una lluvia que encortina los colores, hasta la llegada de la tempestad. Después, una hoja se va con la corriente de agua, en una imagen que resume el tránsito de lo recordado hacia lo escrito, y viceversa. Esa lluvia, ¿no será la misma de aquel día de 1967 en el que Piglia cruzaba las calles inundadas de Buenos Aires cargando el cuerpo inerte e inmortal del Che?

Vestigios de lector del diario de la lectura de un diario. Un *ad infinitum* proclive a la duda. Registro aquí, con la tristeza de los lectores que ya sienten su silencio, esta congoja que se me ha grabado (grabado) en el alma.